

BIBLIOGRAFIA

Pour L'Histoire du Mot «Sacramentum», par le J. P. DE GHELLINCK, S. J.; E. DE BACKER, J. POUKENS, S. J.; C. LABACQZ, S. J.—I. Les Anténicéens. Louvain-Paris, Edouard Champion, Quai Malakais, 5.—En 4.^º de 254 × 185 mm. y VII-392 págs.

El objeto y lugar del presente estudio los señala el R. P. Ghellinck en la Introducción General. No se pretende en él hacer la historia de la palabra Sacramento y mucho menos la de los Sacramentos; sino solamente suministrar los materiales para la historia de dicha palabra, e indirectamente para la de los mismos sacramentos. En este volumen se examinan los escritores anteriores al Concilio de Nicea celebrado en 321. Anótanse las veces que aparece en ellos la palabra Sacramento y se hace la clasificación según el valor que encierra en cada uno de los autores.

Al P. Ghellinck se deben la introducción general, los trabajos sobre Lactancio, Cómodo de Gaza, Actas de los mártires y primeros documentos donatistas, fuera de la dirección que comunica unidad a la obra; al Sr. E. de Backer, el estudio sobre Tertuliano; al Padre J. B. Poukens, S. J., el de San Cipriano y sus contemporáneos; al P. Labacqz, S. J., el de Arnobio. Se han servido de las mejores ediciones que hasta ahora se han divulgado de los citados escritores antenicenos, principalmente de las publicadas por el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, de Viena, y aluden, para comodidad de los lectores, a sus obras correspondientes editadas por Migne. Su conclusión puede exponerse de esta suerte: A dos grupos capitales se ha reducido el significado de la voz sacramento; al clásico de juramento y sus derivados, y al de misterio con los matices fugaces que entraña su empleo de figura, símbolo, figura profética, etc.

La labor ha sido bien ruda y ardua por haber tenido que recorrer con suma diligencia las páginas de las obras de los mencionados antenicenos, y de los restantes de aquel período en que nada hallaron, e interpretar cuidadosa y esmeradamente la significación propia en cada pasaje del vocablo sacramento, valiéndose de los principios de una crítica severa. Las recapitulaciones que se hacen al fin de cada autor examinado manifiestan a las claras el fruto obtenido. Véase, por ejemplo, la estadística acerca de Tertuliano. Grupo juramento, esto es, la palabra sacramento tomada por el escritor africano en sentido de juramento: 84 veces en esta forma: 1 Juramento militar u otro, 10; 2 rito de iniciación, misterios, 5; 3 religión, 2; 4 verdad, doctrina, etc., 32; 5 sentido etimológico, 9; 6 Sacramento, rito, sacrificio, sacramentales, 19; 7 rito (no sacramental), 5; 8 Signáculo, 3.

Grupo misterio, 50 ejemplos distribuidos así: 1 símbolo, figura, etcétera, 32; 2 misterio y sus derivados, 7; 3 disposición, orden, plan, 9, 4 profecía, 2.

En la conclusión se advierte que de las estadísticas formadas se colige que la voz *sacramento* se encuentra usada con mayor frecuencia en Tertuliano y San Cipriano que en los restantes escritores; de 300 casos hallados entre los antenicos, cerca de 200 pertenecen a aquellos insignes africanos. Dos obras divulgadas en aquel tiempo en otras regiones separadas del África merecen mencionarse por su importancia y extensión; el *Octavio* de Minucio Félix y el *Comentario* de Victorino de Pettau sobre el *Apocalipsis*, en las que no se descubre ni una vez tan siquiera dicho vocablo; por donde se infiere que al África corresponde una superioridad muy notable en la evolución semántica del sacramento.

De esta somera indicación se echará de ver la erudición y variedad de conocimientos que atesora este libro verdaderamente grandioso, original y nuevo en su especie. No han perdonado molestia alguna los esclarecidos autores para que saliera perfecto y acabado; toda la literatura antigua y moderna que les pudiera proporcionar un rayo de luz, una idea que los iluminara, una noticia que los enriqueciese la han visto y estudiado con ahínco y competencia. Pásese la vista por las innumerables notas del texto, por las bibliografías generales y particulares, por las monografías y apéndice primero intitulado *Dossier de la enquête* o documentos de investigación, y se verá la razón de nuestro aserto. «Si algún papel se nos ha escapado en la materia, dicen con cierta satisfacción los autores, el lector se servirá de completar la documentación.» A la verdad, aunque no imposible, pero no es tan fácil completarla. Dos escritores españoles únicamente mencionan al P. Juan Maldonado, S. J., una vez, y dos al P. Gabriel Vázquez, S. J.; a este último le justifican de las censuras de Perrone, y observan que su análisis sobre la acepción de *sacramento* en San Agustín no carece de penetración. Con sobrada razón pueden finalizar este estudio los ilustres autores con las siguientes palabras que declaran su importancia: «A la luz de los informes conseguidos en esta investigación y por los que se obtendrán de otras indagaciones sobre términos semejantes, la historia de la palabra *sacramento* nos manifestará las peripecias del vocablo y la parte exacta de la influencia que corresponde a los factores clásicos y cristianos, doctos y populares, africanos y europeos, oficiales y particulares que intervinieron en su formación primera y determinaron su ulterior desenvolvimiento.

Realzan el mérito del libro cinco índices que lo hacen sumamente manejable. Lista de las principales obras, ediciones de textos, traducciones y otras publicaciones. Textos auténticos utilizados en el comentario. Palabras latinas y griegas, frases formadas con la palabra *sacramento* y vocablos latinos y griegos. Índice alfabético de nombres propios y materias. Índice analítico de materias.

A. PÉREZ GOYENA.

La vida espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo.—A Jesús por María. —Obra escrita por la R. M. ANGELES SORAZU, abadesa del convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas franciscanas de Valladolid), revisada y anotada por el Padre NAZARIO PÉREZ, S. J.—Valladolid, Imprenta de la Casa Social Católica, 1924.—Un volumen de 120 por 180 mm. y 403 páginas.

Tienen los libros sus destinos... Los del que vamos a examinar, puede augurarse que no serán vulgares. Un libro de la más alta Teología mística, compuesto en cosa de seis meses por una monjita que, al entrar a los diez y ocho años de edad en el convento de Concepcionistas franciscanas de Valladolid, no había estudiado sino las primeras letras y un poco de música que le valió por dote; un libro escrito en castellano corriente, con algunas incorrecciones sin duda, pero con fluidez, soltura y desembarazo notables, y, lo que es más extraño, con fraseología moderna, no aprendida ciertamente de nuestros místicos del siglo de oro, y esto por una vascongada que en su niñez habló el vascuence y en su juventud vivió entre vascongados; es, sin duda, libro que ha de intrigar, más tarde o más temprano, a los amigos de aquilar la originalidad y autenticidad de las producciones literarias. Por fortuna, la autenticidad está asegurada con cuantas garantías puede exigir la crítica más severa; y todavía es tiempo de afianzar más y más las pruebas, mirando al porvenir. En cuanto a la originalidad, tiempo vendrá en que se puntualicen las fuentes orales o escritas, mediatas o inmediatas, recordadas u olvidadas en que la singular escritora pudiera haberse inspirado. Entre sus libros favoritos, además del *Catecismo de la Doctrina Cristiana* y de las *Sagradas Escrituras*, se cita la *Mística Ciudad de Dios* de la Venerable Agreda, a quien, además, Sor Angeles profesó devoción filial muy entrañable. Dejando por ahora esa labor, me limitaré aquí a dar idea del libro tal como le ha publicado el P. Nazario Pérez, reproducido con escrupulosa exactitud del original autógrafo que la misma sierva de Dios le confió dos años antes de morir.

Por vía de introducción empieza la sierva de Dios distinguiendo cuatro clases de almas: A) privilegiadas e inocentes; B) inocentes, pero no privilegiadas; C) privilegiadas, no inocentes; D) ni privilegiadas, ni inocentes. Llama privilegiadas a las que son favorecidas por Dios con gracias especiales en el santo bautismo.

Para todas esas clases de almas, suena en la vida «la hora de Dios», que es el llamamiento de la gracia; a la conversión en las peccadoras, al desarrollo y perfeccionamiento de la vida espiritual en las inocentes (cap. I).

A este llamamiento de la gracia, en las almas a quienes Dios lleva por los senderos que describe la M. Angeles, se sigue frecuentemente un período de consolación (cap. II). Mas he aquí que de repente sorprende al alma la noche: desaparece la devoción sensible; el sendero se trueca en desierto. En esta noche distingue Sor Angeles un período de prueba o purgación activa (cap. III) y dos de purgación pasiva; uno de tinieblas densísimas: el desierto se hace calabozo; Dios se muestra como enemigo (cap. IV); otro, en que la noche comienza a disiparse,

como si se acercara la aurora; Dios se muestra como indiferente u olvidado (cap. V). Desde este segundo periodo, a unas almas las lleva Dios por la mera resignación; no necesitan más guía; a otras, por la resignación y la acción; de ellas escribe la M. Angeles.

A estas almas, en el segundo periodo de la purgación pasiva, las hace Dios vivir en continua vela, esperando de un momento a otro la llegada del Esposo. El alma se aficiona de modo entrañable a la Doctrina Cristiana tal como se contiene en el Catecismo, y a la atenta meditación o recuerdo de los misterios de nuestra Fe, sobre todo, de la Pasión del Señor (cap. V, págs. 66-75). Pasado algún tiempo, «Dios nuestro Señor la favorece comunicándola una luz o noticia experimental del inefable misterio de la Encarnación» primeramente; luego, del Nacimiento y de la vida privada de Jesucristo, como si estos misterios se reprodujeran en el momento presente a favor de ella (cap. V, 75-79). Con esto puede decirse que empieza la primera manifestación de Jesucristo entre las tres que coronan la Vida espiritual; la manifestación que el mismo Señor prometió en aquellas palabras: *Si alguno me ama, será amado de mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a mí mismo.*—Antes de describir este primer ciclo de divinas comunicaciones, la M. Angeles dedica un capítulo, el VI, a exponer la intervención de la Santísima Virgen durante el periodo de purgación pasiva; y otro, el VII, a pintar la entrega que de sí mismo hace Dios al alma desposándose con ella, para que más generosamente siga a Jesús en el camino comenzado.—Reanudada la marcha, Jesucristo se manifiesta al alma, ante todo en su naturaleza humana, dándole nueva noticia experimental de su Encarnación, Nacimiento, vida privada; y también, de su vida pública, de su Pasión y muerte, de su resurrección y ascensión a los cielos, de la vida íntima de su alma (capítulos VII y IX).

En la naturaleza divina, Jesucristo se manifiesta al alma, primero en su persona santísima y en las relaciones que la unen con el Padre y el Espíritu Santo (cap. X), y después, en sus relaciones con los hombres: de amor infinito por parte de Él; de frialdad e ingratitud por parte de ellos. El alma se adhiere cada vez más intimamente a Jesús y participa de su vida; en último término queda adherida a la Humanidad de Dios Paciente, reclamándola como patrimonio propio y cifrando su felicidad en padecer con Jesús (cap. XI y XII).

En este momento se abre el segundo ciclo de comunicaciones celestes que constituyen la segunda manifestación prometida por el Señor en aquellas palabras: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él.* También en este ciclo, al llamamiento de la gracia, sigue un periodo de prueba, una segunda noche o purificación pasiva, mucho más terrible y delicada, con dos períodos análogos a los de la primera (capítulos XIII y XIV). Lo que después de esto sucede, hay que leerlo textualmente en el capítulo XV del libro de Sor Angeles. Confieso que pocas páginas, ni antiguas ni modernas, han producido en mi alma impresión tan honda como las que la monja de Zumaya dedica a describir la bajada de la Trinidad Beatísima al centro del espíritu, y el vuelo del espíritu en pos de la Divinidad, que, poco a poco, empieza después a remontarse a regiones cada vez más altas. Hay, en la forma

misma, algo sublime que apenas iguala Dante en los últimos cantos del Paraíso.

Ha comenzado el tercero y último ciclo de divinas comunicaciones, en que se cumple la tercera promesa del Señor: *En aquel día, vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y yo en vosotros.*

Tres nuevas fases de la vida espiritual, tal como la describe la M. Angeles, se encierran en esta promesa: 1.^a, vida del alma con Cristo en Dios y de Dios en el alma (caps. XV-XX): contemplación altísima de la Divinidad; la Humanidad unida al Verbo parece esconderse; 2.^a, vida del alma en Jesucristo: contemplación de Jesucristo en su doble aspecto divino y humano (cap. XXI); 3.^a, vida de Jesucristo en el alma: reproducción en el alma de los misterios de la vida de Jesucristo, sobre todo de su vida paciente (caps. XXII y XXIII). Renuncio a caracterizar por menudo cada una de estas fases, alguna de las cuales abarca hasta cuatro o cinco períodos. Advirtamos sólo que la *Vida espiritual*, descrita por sor Angeles, termina con la contemplación e imitación de Jesucristo. «La contemplación de la Divinidad, o la divina unión, ha escrito ella siguiendo en esto una tradición no interrumpida de la Mística española, lejos de apartarnos de Jesús, nos arrastra y conduce a El, hacia la perfecta fusión de nuestra vida con la suya humano-divina.» (Pág. 293).

Rasgo peculiar de la Mística de sor Angeles, discípula en esto principalmente de la V. Agreda, es la intervención de la Santísima Virgen en todas las fases de la vida espiritual, aun en las más recónditas y elevadas.

También es interesante y original el estudio que hace de la acción del Director espiritual, en los diversos períodos. Léase, por ejemplo, lo que escribe al fin del capítulo XVIII.

Lo que allí se dice explicaría de algún modo el prodigo de que una mujer de las condiciones de Sor Angeles maneje con tanto acierto la Sagrada Escritura y emplee con tanta precisión los términos de la Teología escolástica; aunque, como es frecuente en los escritos de los místicos, no falten en su obra acá y allá términos que pueden parecer exagerados, y alguno que otro concepto, v. gr. el que se emplea al principio del capítulo XVIII, menos conforme con la ordinaria manera de hablar de los Teólogos. Pero estas son menudencias. Al terminar la lectura de libros como el que acabamos de presentar, se vienen espontáneamente a los labios aquellas palabras del Salvador (Luc. 10, 21): «Confiteor tibi, Pater, domine caeli et terrae, quod abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Etiam, Pater; quoniam sic placuit ante te.»

C. M.^a ABAD.

